

Los
acordes
que
quedan
entre
nosotros

Natalia Brown

Los
acordes
que quedan
entre
nosotros

Natalia Brown

BOOKISS, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, octubre 2022
IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19147-29-5
Depósito Legal: CS 706-2022
Copyright © 2022 Natalia Brown
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Ana M^a Benítez

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

NOTA DE AUTORA

Yo viví una historia muy parecida a la de Leia. ¿Sabes qué? Empecé a escribir para desahogarme cuando tenía el corazón roto. De alguna forma abría un documento y escribía y escribía y nunca leía lo que había escrito por el miedo que me daba leer esas palabras. Siempre he sido muy intensa, lo admito.

Cuando Aiden y Leia vinieron a mi cabeza, sentí una conexión extraña con Leia. Empecé a conocerla más y aunque ella y yo somos muy distintas; nos equivocamos en la misma cosa: nos dejamos de querer porque pusimos a alguien por encima de nosotras. ¿Por qué cuento esto? Para que sepas que en cada una de las palabras, también hay una vida detrás, unas anécdotas, unos recuerdos, unas memorias. Y quise contar un trozo de mi historia porque me gusta escribir sobre cosas que nos pueden pasar a cualquiera. Esta historia, la de ellos, supuso un antes y un después para mí. Enfrentarme a una situación dolorosa de mi pasado que me hizo crecer y darme cuenta de que el mayor de los amores es el uno propio. Y si a cualquiera que le caiga este libro en sus manos y está leyendo estas palabras ha pasado o se ha dado cuenta de que no se quiere, por favor, hazlo. Hazlo por mí, por Leia y por los millones de historias parecidas que habrá. Porque solo hay una vida. Y la única persona que está desde el principio hasta el final, eres tú.

No tengas miedo de querer y amar con locura, el amor es retorcido y bonito. No tengas miedo de demostrar al mundo lo capaz que eres de amar a alguien. Pero porfa, no te olvides de la variable más importante: tú.

Esto podría estar escrito de parte de Natalia Brown, pero no, lo escribe la chica que hay detrás, Natalia Valero, la persona que lo vivió, se equivocó y que aprendió a quererse más.

-nat

Para esas versiones de nosotros mismos que se querían menos que ahora, en este mundo siempre hay hueco y momento para encontrarnos.

AIDEN

¿Acaso antes de conocer a una persona sabemos de antemano que va a formar un papel importante en nuestra vida? ¿Alguien nos lo dice? ¿Nos lo susurra?

Ojalá las personas a veces fuesen como un libro, que sabes si te va a gustar o no leyendo la sinopsis. O una película de romance, porque sabes que es tu género favorito con tus actores preferidos. Pero eso no pasa cuando conoces a alguien un día de improviso. Puede que te guste el principio del libro, pero no sabes si el desenlace va a ser igual de prometedor. Se queda en una incógnita que te vuelve loco, te obsesiona y, de repente, quieres correr y leer más rápido.

Eso en muchas ocasiones lo he asociado a las canciones. «Las personas son canciones», leí una vez en algún lado y se me quedó grabado durante semanas. Creo que me volví loco hasta que se lo conté a mi padre y me dijo que era totalmente cierto, que era como si cada uno tuviésemos una banda sonora escrita en nuestra piel.

Sin embargo, hay personas que aún no tienen canciones. Era como si esperasen a que fuera yo el que las compusiera, como un grito de eco o un poco más de luz en un retrato.

Y lo hice. Muchas veces. A muchas personas. Pero la mayoría quedaban en mi mente. Sonaban mejor, quizás. O tal vez tenía miedo de que se solidificaran y no me gustase el resultado.

Pero un día, con doce años, me di cuenta de que llevaba toda mi vida componiendo canciones a otra gente. A veces ni las conocía. Me sentaba y me limitaba a observar, y

entonces se me ocurría una melodía o una letra. Por aquel entonces no lo escribía de manera física, sino que las guardaba de alguna manera en la cabeza, una habilidad que siempre tuve. Y justo, en mi siguiente cumpleaños, mi padre me regaló una libreta para que escribiera allí todas las canciones. No era una libreta bonita. De hecho, era simple y nada llamativa. Por eso, se me acercó en el oído y me dijo:

«Encárgate de llenarla de luz y color».

Y eso hice. Porque la música corría por mis venas desde antes de nacer.

Mi padre era un cantante famoso conocido internacionalmente. Colin. Empezó a despegar tocando en bares cutes de Oxford hasta que poco a poco se hizo un nombre, se hizo escuchar.

«Hacerse escuchar».

Y, por ello, tuvo que dejar a mi madre con veinticinco años para irse a Australia a perseguir su sueño. La historia de amor de mis padres estaba llena de luces y de sombras. No fue perfecta en un principio y tampoco lo era cuando nació yo o Tori, pero el amor seguía ahí. Se notaba en las paredes de casa, en las miradas, en los detalles y movimientos. Y ese amor era más puro que cualquier discusión.

En cuanto yo nació, revolucioné sus vidas. Mi madre decía que era un terremoto estruendoso de pequeño, pero que después Tori me adelantó. Mi hermana Victoria era todo lo contrario a mí y, para meterme con ella, le decía que era la oveja negra de la familia. Mamá era romántica, coqueta. Mi padre era un enamorado de la vida que escribió su primera canción para mi madre, titulándose *Lo que queda de nosotros*. Yo seguía el camino de ellos. Me consideraba romántico, pero a mi manera. Sin embargo, a mis veintidós años no

pensaba a menudo en el amor. Pensaba en triunfar. Triunfar como mi padre. Años más tarde entendí el verdadero significado de esa palabra. Y luego estaba Victoria: desordenada, caótica, independiente y para nada cercana.

A mi madre le fastidiaba que fuese así de distante con todo el mundo. Pero no nos molestaba, porque sabíamos que era así desde que puso un maldito pie en el mundo.

LEIA

¿Qué se debe sentir al chocar con alguien como un meteorito y observar cómo lentamente saltan las chispas? Esas chispas que te hacen enloquecer, que hacen que quieras comerte cada rincón del mundo, vivir como si estuvieras conduciendo por una carretera a toda velocidad y no preocuparte por mirar el velocímetro. ¿Cómo debe ser sentir esa euforia de querer a alguien todos los días a todas horas? ¿De pensar en alguien cuando te vas a dormir?

Un día con quince años me hice esas preguntas, y lo peor es que acabé hundiendo mi cara en la almohada al darme cuenta de lo que pasaba. Estaba enamorada de Él. Y lo peor es que siempre ha sido así. Desde que éramos pequeños, le preguntaba a mi madre si él vendría a casa a merendar o a jugar con mis hermanos. Me dio igual que dejase de hacerme caso con el paso de los años, porque me seguía encantando verle en mi casa jugando a la Play con el tonto de Gale.

Sin embargo, para que un meteorito colisione, tiene que hacerlo contra otro. En mi caso, era como si aún no hubiese aparecido ese otro meteorito para que colisionase por fin y saltasen dos chispas: una mía y otra de él. Pero eso no fue así. Por mucho tiempo. Años. Y puede que, cuando lo hiciera, mi meteorito ya estuviera desgastado de avanzar tanto tiempo por el universo buscándolo.

Mis padres, Jess y Eddie, se conocieron una noche en el bar en el que mi padre trabajaba. El Calm era nuestro negocio familiar. Al principio era un garito de universitarios en Oxford. Pero después, cuando Colin, el primo de mi

padre, se hizo famoso, se convirtió en uno de los lugares más transitados. Con noches interminables y la música a todo volumen mientras la gente terminaba subida a la barra bailando. O así es como nos lo contaba mi padre a mí y a mis hermanos.

Ser la pequeña de la casa y tener dos hermanos no era tarea fácil. Normalmente se decía que la pequeña era la mimada, la más cuidada y querida. Pero eso no fue en mi caso. Siempre fui la hija de papá, pero nunca estuve mimada. Mis hermanos, Jason y Gale, se pasaron la infancia metiéndose conmigo, haciéndome rabiar robándome las muñecas o metiéndome miedo por los pasillos de casa. Y, cuando me quejaba, nadie me creía. Aunque con el paso de los años maduraron y con ello forjamos entre los tres una mejor relación. Creo que fue cuando cumplí dieciséis que Jason, que era el mayor, se volvió loco y no quería que saliese sin decirle con quién iba y a dónde. Me protegía. Demasiado. Y no entendía de qué, porque solo salía con mis amigas y poco más. Con los años comprendí a qué se refería con que la gente es mala por naturaleza y hacen daño a los demás. Yo siempre he sido una chica muy tímida y reservada, pero, cuando localizaba alguna señal de confianza, ya confiaba plenamente. Cosa que no estaba bien del todo. Sin embargo, más tarde aprendí a ser más cauta y lista en ese sentido.

Mi madre siempre me decía que ella era así antes.

«Yo antes era como tú, confiaba en todo el mundo, me dejaba llevar como una cabra loca y sin precaución, hasta que conocí a Sophie y me vi tan reflejada en ella que ambas nos echábamos el freno a la otra».

Sophie era la mujer de Colin. Creo que siempre ha sido la mujer más bella que he conocido en mi vida. Mi madre, Jess,

siempre había sido llamativa y extravagante, pero Sophie llamaba la atención siendo sutil. Yo quería ser como ella. La idolatraba. Desde bien pequeña. Y, por supuesto, estaba enamorada de su hijo desde que tenía uso de razón.

AIDEN

Durante mi vida me había criado la mayor parte en Bristol. Y también pasábamos mucho tiempo en Oxford después de que mis padres compraran una casa muy cerca de la de Eddie y Jess para pasar los fines de semana o cuando quisiéramos. Mi madre era medio española, por lo que solíamos visitar Barcelona muy a menudo para ir a casa de mi abuelo Carlos. Noel, mi tío, era medio hermano de mi madre, fruto de la actual mujer de mi abuelo, Carla. Y, por aquel entonces, Noel tenía treinta y dos años. Se llevaba veinte años con mi madre, pero tengo que decir que Carla era mucho más joven que mi abuelo Carlos.

Por eso, cuando iba a Barcelona, me encantaba ir. Porque Noel se había vuelto muy colega mío, sobre todo desde que cumplí los veinte años. Nos llevábamos muy bien. Tal vez tenía más acercamiento conmigo que con mi madre. Quizás porque me llevaba diez años menos que ella con su propio hermano.

En Barcelona también estaban tío Oliver y tía Sandra. En realidad no eran mis tíos de sangre, pero Oliver y mi madre eran íntimos desde hacía muchísimos años. Aunque eso tiene una historia aparte, bastante prometedora, que me contó mi madre unos años atrás. Y ahí es donde entraba en juego Laura.

Era radiante, simpática y extrovertida. Tenía la sonrisa más bonita del mundo y olía siempre al mar.

Laura y yo nos conocíamos desde siempre. Hubo un tiempo en el que odiaba coger un vuelo para ir hasta Barcelona,

pero con los años deseé volver cada vez más a menudo. Preguntaba como un maldito pesado que cuándo iba a ser la próxima vez que iríamos. Y la razón era ella. Siempre ella. Tenía diecisiete recién cumplidos cuando un día en la playa no pude apartar la mirada de su cuerpo. Era increíble. Era perfecta. Y muchas veces me hablaba de sus novios. Y yo deseé serlo algún día. Después forjamos una especial amistad, en la que yo seguía colgado por ella mientras se tiraba a su profesor de primer año de la universidad. Un día me dije a mí mismo que se lo diría, que me declararía a ella algún día. Pero nunca había tenido las narices de hacerlo. De alguna manera me imponía. Y a mí no me imponía nadie nunca. «¿Qué cojones te pasa, Aiden?», me decía a mí mismo. Porque perdí la cabeza por esa chica inalcanzable. Claro que esa percepción de algo inalcanzable cambia. Y tanto que cambia.

Tuve una discusión con mi madre cuando le dije que no quería ir a la universidad. Eso, con dieciocho, cuando acabé el instituto.

—Aiden, sacas notas de maravilla, podrías estudiar lo que quisieras.

—No me gusta nada.

—Hay muchísimas carreras que puedes hacer.

—Mamá... —pronuncié en la mesa, y miré de reojo a mi padre. A él le había dicho lo que de verdad quería hacer—. Quiero intentarlo con la música.

Y mi madre soltó un bufido.

—Que tu padre haya conseguido...

—... el éxito no significa que yo también lo vaya a conseguir.

Siempre la misma mierda.

—Mamá... —La miré con atención. Heredé sus mismos ojos azules y su sonrisa. Aunque me decía que tenía el brillo de los ojos de mi padre—. Es lo único que quiero hacer en mi vida. Además, no empiezo de cero del todo. Papá tiene contactos y también podría...

—¡Eso no vale! —gritó Victoria, y me detuve.

—¿Qué dices? —La asesiné con la mirada.

—Lo tuyo no tendrá mérito si te lo dan desde el principio. Papá lo hizo solo y sin ayuda.

Me mordí el labio. Todos nos quedamos en silencio. Después me levanté de la mesa y subí a mi habitación.

Victoria era una mañaca de trece años, por aquel entonces entrando en la edad del pavo, y no tenía ni idea de nada. Era una niñata, pero al final la muy tonta me dio que pensar y acabé dándole la razón. Entonces fue cuando dije que quería hacerme un camino yo solo. Me iba a hacer escuchar.

LEIA

Jason trabajaba en el Calm con mi padre, Gale estaba graduado en Periodismo y, por aquel entonces, yo estaba en segundo de carrera de Literatura Inglesa en Oxford. Fui la única en ir a Oxford. Eso sí, me lo merecía. Seguí los pasos de Sophie, que también estudió lo mismo y encima era profesora allí, además de escritora. Mi madre también fue, pero dejó a medias la carrera de Derecho cuando se fue a trabajar con mi padre al Calm justo por la época en la que Colin comenzó su carrera como cantante.

Y adoraba todo de Oxford. Cada vez que venía Sophie a Oxford a visitarnos le contaba mis inquietudes, cosas sobre mi vida, preguntas, no sé. Cualquier cosa. Sentía una especie de conexión con ella que con mi madre no funcionaba, y a Sophie creo que también le gustaba compartir algunos momentos conmigo como si fuese su hija porque Victoria era totalmente diferente.

—¿Sabes ya lo que quieres hacer? —me preguntó un día tomando un café en su casa cuando tenía casi dieciocho, a punto de terminar bachillerato.

—Me gusta leer. Y escribir. Pero no sé sí...

—Hazlo —me dijo de repente. Muy segura, muy decidida. Y creo que ese fue el determinante para que no me lo pensase dos veces. Quería ser como ella. Aunque, por aquel entonces, yo no era nada segura conmigo misma. Siempre he sido como una hoja medio arrugada. Perdida, pequeña y sin rumbo.

Aquella tarde la puerta principal de la casa que tenían Colin y Sophie en Oxford se abrió y apareció Él. Aiden. Era

guapísimo. Era atractivo, atrayente, como si de una estrella en medio de la galaxia se tratase. Brillaba mucho porque tenía muchísimo carisma, como sus padres, y destacaba. De alguna manera siempre tuve algo de envidia de esa familia porque todos eran como estrellas brillantes, cada una a su manera.

—Anda. —Me miró por encima del hombro—. No sabía que estabas.

De pequeños estábamos muy unidos Aiden y yo. Jugábamos todos los días, yo estaba todo el día encima de él. Pero, conforme fue creciendo... fuimos creciendo, esa amistad se congeló. Él siempre andaba cantando, y yo de pequeña me sentaba delante de él escuchando sus actuaciones y aplaudía constantemente. Desde que entró en la adolescencia, fue como si desapareciese. O lo mismo me tenía demasiado vista.

—Me marcho ahora mismo. —Me levanté y pasé por su lado.

Jamás olvidaré aquellas palabras que me dijo después:

—Caray, Leia, ¿cuándo has pegado este cambio? —Me examinó de arriba abajo como si no me viese normalmente, como si no nos viésemos todos los malditos fines de semana para cenar los sábados o en las comidas de los domingos. Pero por aquel entonces yo no era nada para él, y él jamás se imaginó que algún día me convertiría en alguien que lo sería todo para él.

—A ver si abrimos los ojos un poco más —le respondí con seguridad. Por primera vez en mi vida no me hice pequeña ni quise pasar desapercibida. Quería que me viese, con los ojos bien abiertos. Pero no fue hasta dos años más tarde cuando se iba a fijar de verdad.

—Estás muy guapa.

—Gracias, a ti te sienta bien el azul.

Aiden lo había sido todo para mí. Aunque no perdiese la virginidad con él, ni me emborrachase por primera vez con él, algún día haríamos muchas cosas por primera vez juntos. Nunca supe por qué lo elegí a él, quizás porque sabía a algo prohibido. Aiden no era mi hermano, aunque un tiempo fue como si lo fuese, pero Aiden y yo éramos como primos segundos.

AIDEN

De pequeño jamás pensé que me iba a gustar la fiesta. Encontrarte en un lugar grande con gente a tu alrededor pegada a ti y la música incrustada en tus oídos mientras miles de focos apuntan hacia todos los lados en un ambiente de descontrol.

Jamás lo creí hasta que salí por primera vez. Fue con quince. ¿O tenía catorce? El caso es que Gale y yo conseguimos convencer a Jason para que nos colase en una fiesta. Siempre pensé que mi primera borrachera iba a ser en el Calm, perdiendo la dignidad frente a Eddie o mi tío Dylan, hermano de mi padre. Pero estuvo lejos de ser todo eso. Fue una locura de noche. Cojonuda. Improvisada. Era muy joven aún, pero fue como si creciera rápido durante esos años. Cómo no, quería parecerme a Jason. ¿Por qué siempre idolatramos a los mayores? Jason me llevaba cinco años y Gale dos, por eso siempre hemos ido de la manita a todos los sitios experimentando cada nueva bocanada de aire.

Aquella primera vez fue en Oxford, bebí tanto alcohol y me emborraché de una manera que hasta muchos años más tarde no iba a repetir. Me dio asco encontrarme la mañana siguiente potando en el piso de un amigo de un amigo de un amigo de Jason. Y obviamente el castigo que me pusieron mis padres me dolió.

Sí, me castigaban sin música. Mi madre me escondía la guitarra y yo me ponía como un loco poseso buscando mi guitarra por todos los rincones de la casa. Sin encontrarla, porque mi madre tenía un don para esconderla o no sé qué

hacía con ella. Ahora que lo pienso, nunca se me ocurrió preguntarle al vecino o en casa de Jess y Eddie.

El caso es que después seguí saliendo, y cuando cumplí dieciséis lo dejé de hacer a las espaldas de mis padres. Después de mi amor platónico inexistente con Laura, una noche conocí a Meghan. Y, joder, me encantó. Gale y yo nos peleamos por ella hasta que yo tuve las narices de acercarme a hablar con ella.

—Eres la persona que más brilla de entre toda esta gente.

—¿Perdona? ¿Te estás quedando conmigo?

Era un puto niño de diecisiete años que quería parecerse a los de veinte, aunque tengo que decir que aparentaba ser más mayor.

—Vale, ha sido una gilipollez, ¿verdad? —Me rasqué el pelo—. En realidad llevo mirándote toda la noche y estaba esperando a tener el valor de acercarme a hablar contigo antes de que mi amigo se adelantara.

Meghan me miró fascinada. Llevaba un vestido rojo que jamás olvidaré, formándole una preciosa e impoluta figura, aunque estaba más delgada de lo que me gustaría.

—Me llamo Aiden.

—Aiden..., ¿me invitas a una copa?

Y ahí empezó todo. Por una maldita copa de Larios. Nunca había sido tímido, y la verdad es que no sabía por qué había tardado tanto en acercarme a hablar con ella porque pasé todo un año sin despegarme de ella.

Así que sí. Lo de Meghan fue muy inesperado y, aunque pensaba que lo nuestro solo iba a durar una noche, fue como si los dos nos enganchásemos al otro.

Me enamoré. O eso creía en ese momento. Fui feliz con ella hasta que terminé el instituto y ella se mudó a otro país. Fue lo perfecto y desastroso que tiene que ser un primer

amor de instituto, cuando crees que sabes todo sobre la vida, pero no tienes ni puñetera idea, cuando estás seguro de que sabes de qué va el amor y lo que se siente y no has sentido ni la mitad de lo que años más tarde vas a llegar a sentir.

LEIA

De alguna manera la vida siempre me dio un poco de miedo. No sé si fue por mi manera de ser, porque siempre me había sentido pequeña y débil ante todo. O porque, conforme me fui haciendo cada vez más mayor, mis hermanos me protegían de todo. Bueno, sobre todo Jason. Siempre me sentía protegida por un frasco de cristal que se tenía que acabar rompiendo algún día. Tenía la certeza de que, cuando me fuera a la universidad, iba a romper ese frasco. Pero no. Estaba tan equivocada... Porque aquel frasco me acompañó durante casi toda mi vida.

A pesar de eso, a lo largo de mi vida podría decir que presencié tres cambios en mi forma de ser. La primera cuando estaba en mi último año de instituto, cuando una tímida y cabizbaja Leia se transformó. Florecí, sí. Lo necesitaba. Si Hailee nunca me hubiera ofrecido asistir a aquella fiesta... Que me da un poco de vergüenza decirlo, pero sí, fue mi primera fiesta de verdad. Con diecisiete años.

Me arreglé en casa de Hailee porque, por aquel entonces, no tenía ni idea de cómo maquillarme o vestirme de una manera decente para sentirme algo deseable para los chicos, pero sin pasarme. Nunca había sido una chica que resaltase mucho. No era tan alta como quería ni tan tan atractiva, y encima hasta aquel último año de instituto era una asquerosa tabla de planchar. En eso no me parecía en nada a mi madre, que siempre había sido la chica más despampanante de su curso. Yo no. Siempre he sido la chica que miraba a los chicos por encima del hombro porque me daba vergüenza

de que me pillasen mirando, la chica que nunca dejaba mostrar sus sentimientos por miedo a que no la escuchasen o aburriese. La que intentaba pasar desapercibida, pero a la que en el fondo le gustaría que la vieses.

—Dios mío, Leia. Estás... Nunca te he visto así. —Se me quedó mirando de una manera que me asustó. Pero después, observé un brillo en sus ojos y una sonrisa con la boca abierta que me decía que era otra chica—. Pareces otra.

—¿Eso es bueno o malo?

Hailee me siguió mirando como si acabase de ver a una celebridad. Y entonces me levanté y me miré al espejo. Abrí los ojos como nunca antes los había abierto y me observé de verdad. Mi cuerpo, mis curvas, mi cara. Hailee tenía razón. Era otra persona. Al criarme con dos hermanos mayores, mi feminidad se había quedado un poco estancada. Y no es porque no me gustasen los vestidos o las faldas. Nunca les había prestado tanta atención, preferiría robarle sudaderas grandes a Gale, hasta que me vi aquella noche con un vestido negro que se me ajustaba al cuerpo. Y me di cuenta de que no era una puta tabla de planchar. Tenía tetas. ¿Desde cuándo? Y, joder, también tenía un culo que flipé.

—Hermana, todos van a flipar.

Me giré dubitativa.

—¿Tú crees?

Hailee soltó una carcajada.

—¿Cómo puedes ser tan inocente? Mírate. Podrías hacer lo que quisieras con los tíos.

—No creo que eso esté bien. —Me aparté un mechón de pelo, tímida.

—Ven aquí —dijo, señalando con una mano que me sentara en el borde de la cama al lado de ella.

—Norma número uno sobre los chicos: son unos putos egoístas y no tienen sentimientos. Eres la típica que quiere un novio para enamorarse y vivir un cuento de hadas. Pero eso, Leia, no existe.

Arrugué la frente. ¿Qué había de malo en tener el pensamiento de querer formar una familia o ser feliz con tu pareja?

—Tienes que ser como ellos.

—¿Y cómo son ellos?

—Unos cabrones.

—¿Me estás diciendo que los utilice?

Hailee me sonrió.

—Lo has pillado rápido.

—¿Y qué tiene de gracia eso? ¿Qué consigo a cambio?

—Dos cosas: enseñarles quién manda y ser la chica más deseada del puto instituto.

—Ya, pero yo no quiero...

—Los tíos te van a hacer daño, van a utilizarte para echar un polvo y ya está. No les importa si tú te vas a enamorar de ellos.

Aquello me estaba recordando a Jason.

—Así que lo que tienes que hacer es adelantarte a ellos.

—¿Y después? ¿Voy a tener que comportarme así toda mi vida?

—Ay, Leia, eres demasiado buena. —Se inclinó hacia mí de lado—. Y en estos tiempos nadie se fija en tener un buen corazón, sino en ser inteligente para prevenir el daño.

Me quedé callada, mirando mis pies encogidos en unos tacones oscuros.

—No es que sea así, es que... No sé, creo en el amor. ¿Qué hay de malo? Tíos malos hay en todas partes, pero en un futuro me gustaría...

—¿En un futuro? ¿En serio estás pensando ahora en tu vida dentro de unos años? Tienes diecisiete años. Así que coge la chaqueta y ve a disfrutar de la adolescencia como Dios manda.

AIDEN

Con dieciocho años empecé a tocar en bares. Tuve mil millones de discusiones con mamá hasta que le dejé claro lo que estaba dispuesto a conseguir. Porque no es que fuera a perseguirlo, no, lo iba a conseguir. Durante mi último año de instituto había escrito muchísimas canciones, y más cuando Meghan me dejó con el corazón roto. Mi padre me dijo que las canciones salen mejor cuando estás enamorado o con el corazón roto. Y eso hice. También tuve algunas discusiones con él sobre mi carrera. Yo ya sabía que él podía ofrecerme contactos, incluso su productor ejecutivo y su discográfica me habían dicho que podría grabar un EP para darme a conocer, aunque mucha gente ya me conocía por ser el hijo de Colin.

Era un cabezota, lo sé. Pero desde que Tori dijo eso en aquella comida se me quedó grabado, y eso era lo que iba a perseguir y lograr: mi propio camino.

A diferencia de mi padre cuando empezó con su música, a mí nunca me dio vergüenza mostrar mis dotes. Tenía una voz muy parecida a la de él, aunque no tan ronca, y mi estilo era un poco más vivo y cañero que las baladas y las canciones románticas de mi padre. Quería hablar sobre tantas cosas que malgasté veinte libretas en menos de un año.

Al año siguiente, con diecinueve años, quise mudarme a un apartamento en Oxford con Gale, puesto que él estaba estudiando Periodismo en Birmingham a distancia. Así que aproveché para mudarme para estar cerca de los entornos donde tocaba por las noches y empezar una nueva vida.

Mi madre lloró cuando me fui de casa.

—Aún no sé lo que se me pasaba por la cabeza cuando no quería tener hijos, y ahora soy incapaz de estar sin ellos —le lloriqueé a mi padre.

—Lleva cuidado —me dijo mi padre, abrazándome con los ojos llorosos. He estado toda mi vida tan unido a mi padre con la música, con todo, que, aunque estaba deseando empezar una nueva etapa, me mataba por dentro separarme de él y de mi madre. Y obviamente de mi hermana, por muy pesada que fuese. Tori y yo, a pesar de ser tan diferentes, a lo largo de los años habíamos encontrado la forma de entendernos. Aunque para entender a una chica como Victoria necesitas un máster mínimo.

—¿Me puedo quedar con tu habitación? —Me puso ojos de pena.

—Sabes que no —le hice una burla en tono irónico.

—¿Puedo usarlo como estudio al menos?

—Mientras no intentes hacer una secta en ella, vale. Pero, cuando vaya a ir a casa, la quiero despejada, eh.

—Mamá, dile a Aiden que deje de decir esas cosas —se quejó con un bufido.

Mamá me dirigió una mirada actuada para que mi hermana se callase y me reí.

—Os voy a echar mucho de menos. —Los abracé a los tres juntos.

—Ay, mi niño —volvió a llorar mi madre, tan emocional como siempre. Enmarqué su cara con mis manos y le besé la mejilla mojada.

—Gracias por dejarme perseguir mi sueño, mamá.

Mi madre esbozó una sonrisa bonita.

—Ya lo sabía desde antes de que nacieras. Más o menos venía preparada, y sé que todo va a ir bien —dijo cogiéndome

de la mano—. Sabes que puedes volver cuando quieras a Bristol.

De camino hacia Oxford me puse a repasar momentos con mi familia y me emocioné. A todos nos gusta ese paso de dejar la casa de tus padres y empezar una nueva vida independiente y con libertad. Pero yo siempre había estado muy unido a ellos e iba a echar de menos pasarme horas y horas en el estudio componiendo con mi padre, cocinar con mi madre o ayudarla a escribir alguna escena del libro que estuviera escribiendo en ese momento. En la universidad, todos sus alumnos la querían muchísimo. ¿Quién no? Era una gran profesora y amaba lo que hacía, por eso creo que me entendió. Mi madre era la persona con el corazón más puro que existía, tenía amor para todo el mundo y con la misma dosis. Y en cuanto a Victoria, aunque fuese un caso aparte, nos entendíamos y nos queríamos a nuestra manera. Aunque fuese una persona cerrada y difícil.

Cuando llegué a Oxford, Gale estaba en la puerta del apartamento esperándome y sonreí.

LEIA

La noche de mi revelación. Así es como lo llamó Hailee. No solo todo el mundo se quedó absorto con mi cambio, sino que yo me quedé impresionada con el comportamiento de los demás. Sobre todo de los chicos.

Salimos a Noisse, una discoteca que estaba muy de moda por aquel entonces y a la que todo el mundo iba. Estaba nerviosa. Bueno, no: acojonada. Jason me había dicho que la gente de fiesta era un descontrol y que tenía que tener mucho cuidado. Así que procuré no separarme de Hailee y las demás chicas en toda la noche. Cuando entramos a la discoteca (no sin antes hacer botellón fuera) me sentía un poco mareada, pero estaba animada. Estaba animada porque estaba viendo cómo la gente empezó a hablar de mí, impresionados con mi cambio. Y lo mejor fue que no sentía vergüenza ni agaché la cabeza. Seguía siendo tímida, pero aquella noche me sentí empoderada, como si estuviera viviendo un sueño que pronto se acabaría y volvería a ser la invisible Leia. Pero algo dentro de mí decía que tenía que disfrutar y aprovechar.

—Dime cuál es el que más te gusta y será tuyo esta noche —me susurró Hailee cuando entramos en la discoteca y grupitos de chicos se percataron de nuestra presencia.

Hasta aquella vez, mi corazón pertenecía de alguna manera a Aiden, aunque para él fuese invisible. Pero, cuando Hailee me dijo aquella frase, mis ojos se movieron hasta localizar con la mirada a Derek Miller.

Y lo hice. No supe cómo. Supongo que aquella noche entendí un poder extra que las chicas tenemos sobre los

hombres en ocasiones. Una seducción imparable, el deseo de un recorrido de miradas. No hacía falta nada más. Ni siquiera sabía que podía ligar con un chico, que una chica como yo pudiese parecer interesante y que alguien que no fuese mi familia, o una amiga, pudiese preguntarme cosas y sacarme temas de conversación que me gustasen. Aunque todo al final de la noche se resumiese en el sexo.

Sin embargo, lo que más me gustó fue ver que podía ser deseada por alguien, cosa que nunca me había pasado antes. Esa noche pasé de ser invisible a convertirme en un foco como esos de las discotecas antiguas, y maldije no haberme dado cuenta antes.

Hailee tenía razón: podía hacer lo que quisiera con cualquier chico. Pero lástima que nunca fuese esa clase de chica fría y egoísta. Aunque en repetidas ocasiones deseé ser así, porque me hubiese ahorrado muchos disgustos a lo largo de mi vida.

AIDEN

Me metió la lengua hasta el fondo mientras intentaba desnudarla. Le quité la chupa de cuero con torpeza, mientras yo me quitaba los zapatos y los tiraba al aire cayendo Dios sabe dónde. Estaba muy excitado. Y cachondo. Y de todo. Mi boca sabía a alcohol. La de ella también. Pero después, ese sabor iría a desaparecer por el de nuestras propias salivas.

Ella me había esperado después de una actuación en el Joker's Pub, una sala muy de moda y que estaba teniendo más repercusión. Yo también. No me había ido tan mal durante dos años tocando por salas, dándome a conocer poco a poco. Y a la gente le gustaba. Les gustaba mi entusiasmo, como me dijo un buen amigo.

La chica me miró con deseo cuando me estampó contra la pared del pasillo de mi apartamento y me bajó los pantalones y los calzones. Se puso de rodillas antes de guiñarme un ojo, y simplemente vi las estrellas. Intenté cogerla del pelo, una manía que me gustaba, y me dio un manotazo. Reaccioné riéndome, mordiéndome la lengua, y después la cogí en brazos y nos caímos en la cama.

Nunca me iba a cansar de esa puta sensación de excitación y picardía sumidos en un clímax de placer y de estrellitas centelleantes que veía cada vez que me corría. Joder. ¿Había algo mejor que la música y el sexo?

LEIA

La época universitaria prometía. Me sentía como un pollito en su cascarón, pero mi madre me dijo que eso pasa siempre que comienzas una nueva etapa. Medité mucho sobre si mudarme a un apartamento de estudiantes, más cerca de la universidad, y al final fue mi madre la que me incitó a hacerlo.

—Venga, Leia, así conocerás a más gente.

—¿Dónde se ha visto que la madre incite a su hija a que se vaya de casa?

—Oh, no es eso, Leia, es porque sé que te va a venir bien. Tus hermanos ya no están en casa, y tu padre y yo sabemos que ya eres mayorcita e inteligente para arreglártelas en esta nueva etapa —dijo—. Para mí fue muy importante ese cambio, esa nueva vida. Conocí a tu padre, a Sophie y a Colin, y mi vida tomó un rumbo que es en el que me encuentro ahora. Y creo que... es tu oportunidad para que encuentres el tuyo —añadió del tirón.

Mi madre, en el fondo, siempre ha querido que fuese una versión de lo que fue ella con su edad. Una chica alocada, fiestera, extrovertida y deslumbrante. Pero yo estaba lejos de ser todo eso. A veces sentía que mi madre nunca logró conocerme bien. Yo era una chica divertida, abierta a mi manera y, aunque fuese un poco reservada con mis cosas, me gustaba socializar y hablar sobre temas interminables. Sé que mi madre tenía miedo de que no disfrutase mi juventud como ella hizo, pero sí lo estaba haciendo.

—Mamá, soy feliz. Estoy bien —le dije con sinceridad.

El día que me fui de casa para mudarme al nuevo apartamento, mi madre estalló a llorar. Mentiría si dijese que me lo esperaba, pero no. Sabía que tenía ganas de que comenzara esta nueva etapa, que a ella le encantó porque fue cuando conoció a Sophie y a mi padre, pero ella y yo no habíamos estado tan apegadas como se supone que la única niña debería estar con su madre. Supongo que fui un poco la excepción.

—Lo siento mucho, Leia —me dijo cuando la abracé.

—¿Por qué, mamá? —Arrugué la frente porque no entendía a qué se estaba refiriendo.

—Porque a veces siento que... no he sido buena madre contigo. Que he estado muy encima de tus hermanos y contigo ha sido diferente... No lo sé. Quiero que me lo digas tú algún día.

—Mamá... —Se me cayó una lagrimita.